



LAS SOMBRAS
DEL PENSADOR

Jaume Mesquida

LAS SOMBRAS
DEL PENSADOR



Primera edición: marzo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jaime Mesquida

© Diseño de portada: Sebastiana Alcover Juan

ISBN: 978-84-18663-32-1

ISBN digital: 978-84-18663-33-8

Depósito legal: M-6394-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Pepe Varos, poeta,
siempre en la amistad y la poesía,
este y todos mis demás libros*

I

Sea cual sea el instrumento que el hombre toque, el instrumento verdadero del hombre es su cuerpo.

Y el sonido de este instrumento, la voz.

Literatura es la expresión escrita del silencio interior de esa música.

Y las letras, las notas punteadas del alma de cada una de estas palabras desveladas en la escritura.

No obstante todo hombre, en este caso todo instrumento humano, posee una partitura redactada en sus genes, una partitura virtual a la que podríamos llamar instinto.

Instinto de preservación para ser más exactos es esa fuerza sexual y a la vez asexuada que se transmite de generación en generación, y es tan poderosa por sí sola, que no necesita nunca ser leída para que suene como si siempre hubiese existido.

Los fabricantes de instrumentos humanos, o sea los mismos hombres, sin proponérselo, dotan a estas perfectas cajas corporales de gran resonancia interna.

Eso que desde muy antiguo llamamos alma.

X dice que en el contexto virtual de instrumento-humano-hombre-alma existen cajas de resonancia

corporales que resuenan desaforadamente sin las notas
sinfónicas de un dios en su partitura.

Y añade, bien mirado estas son la inmensa mayoría.

*

El pensamiento que se atrofia y parasita se queda
como sedimentación íntima y craneal en el hombre.

Como un espejo invertido del lenguaje que se abandona
al secretismo de su voz.

Idioma de asombro bajo los párpados abiertos o entrecerrados
que se vuelven de todos modos impermeables ante
infinitud de visiones.

Miradas que recortan el mundo por cualquier parte
de la luz.

Miradas que no exhortan al júbilo ni a la angustia del
júbilo en el no júbilo.

Miradas que des-miran lo mirado.

Miradas que des-olvidan.

Átona frontera entre dos mundos semivacíos en la
inmensidad del vacío.

Puesto que el pensamiento y el no pensamiento
pueden ser dos ignorancias que cohabiten.

Con el silencio como cámara de resonancia de lo
que uno mismo ni oye.

*

El silencio entre las palabras hace que el lenguaje se
fraccione.

Es así mismo el otro lenguaje entre el lenguaje.

La voz insonorizada del Otro-nosotros-mismos.

La cara oculta del espejo del habla que no nos deja ver el sonido de la palabra.

La pared acristalada e invisible que nos devuelve solo el eco hacia el interior.

Angustia de la meditación.

No puedo callar hacia adentro.

No puedo hablar con la voz de adentro.

*

Hay otra palabra dentro de la palabra que es esa palabra igual y muy distinta. Hay otros sonidos inaudibles que tientan al oído.

X dice: —hay un hombre extraviado en mí que ve morir las palabras e intenta escribir.

Palabras internas que se devoran a sí mismas.

Palabras, únicamente vísceras desgarradas de lo que pienso.

*

La derrota tiene el nombre de lo que escribo.

Al escribir yo escribo mi propia derrota.

La oscuridad de las letras (el fondo de lo que escribo) es comparable a la noche sin el triunfo de los astros luminosos.

Yo estoy al otro lado de la luz.

Al otro lado de la escritura.

El abrazo de mi mano y la pluma es un captor de palabras.

Mis sentidos son captores de sombras.

*

La tinta es una gota de esperma que tiembla en la punta de la pluma yéndose hacia su decir.

*

La pregestación en mi cabeza de lo pensado. La sustancia expresiva que de pronto germina en el vientre femenino de la página en blanco. Los vestigios de mi rastro junto al semen de mis recuerdos. La palabra nutricia, regeneradora, viviente, esforzándose con todos sus recursos imaginativos de supervivencia.

Su afán es imparable, su deseo es sencillo: aspira a la no defunción.

A lo inmediato del más allá.

Las más de las veces inútilmente, pues en la mayoría de los casos la escritura es el eco de uno mismo reabsorbido por uno mismo.

*

Todo poeta limita su reproducción en unas pocas frases.

Todo poeta es un individuo individualmente des-socializado.

Todo poeta vive indivisible dentro de un mundo de palabras divididas.

Todo poeta ama sus dos vidas, sus dos muertes, sus dos yo.

X dice, «admiro al individuo des-socializado, indivisible que ama sus dos vidas, sus dos muertes, sus dos yo dentro de un único silencio».

Y añade: —aunque la poesía solo sea un espejismo ilusorio de un oasis en el desierto del vacío.

*

Aunque el hombre no es ningún oasis en su silencio mientras deambula con la sed de sus palabras.

*

El escritor hace sonar simultáneamente la carne y sus huesos, la sangre y su mente, las vísceras y su corazón, el pulso y la pluma.

El pensamiento y la respiración sincronizada establecen la síntesis de la reflexión.

Al escribir ocupa un espacio virgen y acotado entre lo que dice y lo que calla.

Al escribir habla en nombre del día que dialoga con la luz o la noche que fulgura como un susurro en su interior.

Allí el deseo de lo pensado pugna por salir y ser engullido por la pasión de las palabras.

Intenta suplir la detumescencia del vacío entumecido por la fascinación enfebrecida, sirviéndose del lenguaje escrito que hace lo contrario de la música: buscar la armonía de lo callado en el silencio.

*

Al escribir el poeta busca imaginativamente tras los trazos rígidos y sobrios de las letras las siluetas de la fabulación o las imágenes desdobladas de sus sueños.

Actúa como quien se sumerge en la penumbra del día naciente para discernir que hay en esa transición de

la noche al alba, en esa oscuridad de media luz y media sombra.

Cada letra, cada palabra es una puerta abierta a lo profundo. Aunque a veces el conjunto del lenguaje sea todo lo contrario: puertas que se cierran desafiantes sin entrada ni salida, que no dan a ninguna parte más que al aquí y al ahora.

Un muro de sombra intocable y vertiginosa.

Una desnudez áspera, una aridez ruda de maderas infranqueables, cuidadosamente alineadas una tras otra que nos conduce a la caída y al vértigo.

Es decir, al otro lado de nosotros mismos donde cada palabra es una disonancia.

Es decir, entre el lenguaje hablado y la escritura del silencio.

Es decir, entre el todo y la nada, la vida y la muerte.

*

Toda lectura es un adentrarse en las zonas erógenas de las sombras.

Es decir, en los intervalos secretos de la luz, cuyo reflejo último son las palabras escritas.

La pasmosa lucidez ensombrecida de la llama apagada en su propio fuego que de pronto se nos revela ardiendo con virulencia en algún lugar del incendio.

Cada página escrita es el umbral de una huida hacia el exterior. La salida de la mente de una zona de no-luz hacia una zona de sombras inaudita e inaudiblemente iluminada.

Cuando la visión hace su inmersión en el lugar profundo de la palabra sin voz, el silencio se funde con la mirada mudamente hablándole lleno de ansiosa aventura.

Literatura es el des-secreto de la palabra enmudecida a la sombra del lenguaje hablado.

Literatura es ese mismo lenguaje insonorizado que nos habla a través de la visión.

La visión embellecida por la palabra.

*

El exceso de lenguaje acaba en una sensación de ausencia interior.

II

El ejercicio visual de la luz desinhibe al cuerpo.

El resplandor de lo mirado, su percepción a través de los ojos, es a la vista lo que el aire que se respira es a la vida.

La mirada que apuntala la claridad sobre las cosas.

La mirada que vislumbra o esclarece los volúmenes, sus sombras, en la iluminación repentina de lo opaco.

Solo entonces puede hacerse realidad el lenguaje de los ojos al habla con la fascinación.

La sensación de lo abiertamente luminoso (el mundo inabarcable) en lo estrechamente cerrado (el cuerpo que así logra abarcarlo).

Luminiscencia exterior, fulguración interior.

Es la primera alba. La primera línea de fuego del día.

Arde la llama en el cuerpo.

Arde el cuerpo en la llama.

Todo adentro arde al arder la luz afuera.

*

Ardor de la luz en los ojos.

Ardor de los ojos en la luz.

La reciprocidad concupiscente.

La luz es el manantial desde donde fluyen todos los deseos del ojo.

El centro donde confluyen luz y ojo es el centro del centro de la mirada.

*

La claridad que se posa sobre todas las cosas es un canto silencioso a la contemplación.

Es así mismo el canto de los ojos que atrapan con sus redes misteriosas las partículas de la luz.

Es una sensación óptica cuya euforia es el asombro.

La estupefacción de la retina maravillada agitándose en su propia y naciente aurora interior.

Es un lenguaje destellante y lleno de reflejos que se alza en el podio del día.

Un lenguaje que se posa a sobre y se desposa con las emociones de la mirada.

X dice: —quien ve habla en confidencia con lo que se deja ver. Interrelación de claridades.

Es el lenguaje de los sueños que de pronto se hacen realidad.

El lenguaje azul del día que deja a un lado el lenguaje oscuro de la noche.

El lenguaje que despliega la fascinación delante y que de pronto se introduce detrás del rostro y lo desgarrar para dar paso al deslumbrado alumbramiento de lo visto en el iris.

El júbilo de la desnudez.

*

X decía: —la luz cuando se reúne consigo misma (en la búsqueda de un día claro, de un cielo liso y sin nubes, de un azul puro y vigilante) es el centro eufórico del misterio.

El misterio desvelado es revelación.

*

La cohabitación de lo luminoso con los ojos, la focalización de la transparencia en ellos, donde la mirada flota como un connivente resplandor entre todas las demás cosas, hace sonar en el interior, lejos de las sombras, la flauta de los sentidos.

*

La claridad que habla en la mirada enmudece los ojos del soñador.

*

Al decir esto hablo de la dificultad que tiene la mirada de expresarse en la oscuridad. Y al mismo tiempo hablo de la extrañeza de ver.

Es sorprendente esta relación extraordinaria del espejo (los ojos) con las imágenes que se imantan con la luz y son atraídos a su espacio vital para ser vistas.

Es así como el centro de gravedad de la luz a despecho del sol se transforma de pronto en la pupila.

Aunque a pesar de ello asombra siempre encontrarse tan solos en la otra orilla de la claridad, máxime cuando uno sin ser su artífice es parte fundamental de esa claridad.

*

Toda luz rechaza la sombra.

Toda sombra es un rechazo frontal de la luz.

X dice que sombra y luz son la misma desnudez.

Solo que una se deja ver y la otra se oculta.

La noche, por lo tanto, es la desnudez oculta del día.

El día la desnudez que oculta la noche.

Así mismo la vida es la desnudez semioculta de la muerte.

Y la muerte la ocultación total de la vida.

El amante que se oculta en la amante o viceversa es también la luz de la o del amante.

La alegría, lo pletórico, la pasión, el gozo que rezu-
ma por los poros es el reflejo de esa ocultación.

Lo oculto inconsciente que brota en lo opuestamen-
te idéntico.

*

Creo que aún con los ojos cerrados persiste el esta-
do de sitio de la luz entorno a la mirada.

Y que al desocultar lo que no vemos a veces perde-
mos lo que ocultamente veíamos.

*

Al igual que la oscuridad cede ante los sueños, la luz
cede ante el dormido. Es como el mismo amor inver-
tido con un igual.

Para ver la luz no es necesario estar en la oscuridad. Para
ver la oscuridad no es necesario haberse abolido la luz.

Existen fuegos nocturnos en el interior de los cuerpos. Los amantes se ven reflejados en ellos al hacer el amor.

Existen llamas en las cavidades de la piel.

X dice: —ahora me explico porque las manos a veces se me vuelven luminosas en la caricia.

*

En la entrega total, el cuerpo fulgura en la oscuridad más absoluta.

X lo definiría como la luz que brilla de noche en el amanecer del cuerpo.

*

Extrañamente cinco días de luz en una sola noche.